



¿Algo más que el «efecto Zapatero»?

EL PSOE llegó al XXXV Congreso con la necesidad histórica de renovarse. Sus resultados en las últimas elecciones, aun siendo excelentes, se alejaban tanto de las expectativas que todo el partido se empezó a poner en cuestión: el liderazgo de Almunia, el estilo, la sombra de Felipe González y los pactos con otras izquierdas. El desencanto socialista tenía más fundamento psicológico que real, pues Almunia había obtenido 8,5 millones de votos, cifra que para sí querría tener garantizada cualquier partido, pero el PP había obtenido millón y medio más. El sentimiento de frustración no procedía tanto de que el PSOE no hubiera alcanzado las previsiones como de que el PP las hubiera desbordado. En ese estado de ánimo, y ante la división en familias del socialismo, resultó elegido un nuevo secretario general que ofreció una nueva imagen del partido y una ruptura controlada con el pasado. Los ciudadanos de a pie recibieron con esperanza el giro y acogieron la llegada de **José Luis Rodríguez Zapatero** como alguien que no tenía hipotecas ni con la guerra sucia ni con la corrupción ni siquiera, a pesar de haber sido diputado durante trece años, con la nomenclatura que le precedió. Ahora, cuando

acaban de cumplirse los cien días de la elección de Rodríguez Zapatero, es tiempo suficiente para dar cuenta, más que de las positivas impresiones del inicio, de los análisis que incorporan datos y una mínima trayectoria de verificación.

Recelos del aparato y euforia de las bases

LOS varones del PSOE, incluido Felipe González, habían apostado por **José Bono** como sucesor de Almunia y experimentaron una profunda desazón al ver a su candidato derrotado por Rodríguez Zapatero, con una historia infinitamente menor y apenas bragado en la alta política. «Esto es malo para el partido», «tremendo error», «éste es un inexperto», «es darle demasiada ventaja a Aznar», «con Bono teníamos el candidato hecho, RZ tiene que hacerse» fueron algunas de las frases que salieron de labios de antiguos dirigentes. Además, se sospechaba que los **guerristas**, al retirar la candidatura de **Matilde Fernández** y entregar sus decisivos votos a Rodríguez Zapatero, no habían votado por éste, sino contra la nomenclatura socialista que les venía marginando de forma sistemática casi desde el momento en que **Guerra** abandonó el gobierno. Si esto era así, el nuevo secretario general, además de no ser el candidato ideal, tampoco contribuiría a recomponer la convivencia entre las familias socialistas. Más bien parecía un décimo de lotería electoral y un cierre en falso de las heridas internas.

De esta visión pesimista del aparato se alejaban tanto las bases del partido como los ciudadanos del exterior. Las bases no adscritas a familias ideológicas, sintieron alivio y concibieron esperanza. Ya no copaban la ejecutiva los de Suresnes sino los hijos de aquellos. En cierto sentido el XXXV Congreso era un Suresnes II: en 1974 los

socialistas del interior de España se impusieron a los líderes del PSOE histórico del exilio; en 2000 un grupo de socialistas del interior de la sociedad española se impusieron a los dirigentes históricos, de algún modo también exiliados en la autosucesión de la nomenclatura. Zapatero era el rostro nuevo, con menos exilio interior, con estampa ideal para el nuevo póster electoral, con juventud y hasta seductor timbre de voz, que, además, era un tipo sin acritud y sin complejos, que ya en su discurso de aceptación había prometido «abrir la ejecutiva a todas las familias socialistas»; sin reconocer deudas para con aquellos que le habían prestado sus apoyos...

LOS ciudadanos no socialistas establecieron también, casi de inmediato, y de modo natural, una sintonía positiva con la onda Zapatero al que percibían como la figura capaz de sanear y serenar la vida política. La **naturalidad** con que reconoció que la entrevista con **Aznar** había sido cordial y la firmeza con que proclamó su **lealtad** al gobierno en cuestiones de Estado, particularmente en materia de terrorismo, le hicieron ganar muchos enteros y el PSOE recortó en septiembre la diferencia que el PP le sacaba al PSOE en las encuestas, tendencia que no se ha mantenido durante el mes de octubre, entre otras causas porque el incremento del terrorismo favorece más al gobierno que a la oposición. En todo caso, su valoración en las encuestas es muy alta y el 47,6 de los encuestados en octubre cree que Rodríguez Zapatero llegará a la presidencia del gobierno. El 43,4 por ciento lo considera el mejor candidato del PSOE, a una distancia abismal de Felipe González, que es el segundo en preferencias, pero sólo obtiene el 11,4 por ciento. Podemos decir, por tanto, con fundamento, que el **efecto Zapatero** ha sacado al PSOE de su bache psicológico y ofrece a la sociedad española una alternativa creíble de gobierno.

Renovación de formas, continuidad de fondo

ADEMÁS de percibirse Zapatero como alternativa, lo verdaderamente importante son dos cuestiones clave: a) ¿Representa Zapatero una renovación ideológica del PSOE? y b) ¿Puede llevar adelante su programa? Las dos tienen respuestas poco claras.

*No cabe duda de que Rodríguez Zapatero sabe administrar sus silencios, sus palabras y sus gestos. Tiene, además, muy claras sus ideas sobre la necesidad de conservar la memoria del pasado sin que esa memoria destruya nuestro presente. Su historia familiar (un abuelo fusilado por los franquistas) podría haberlo empujado hacia un discurso descalificador de «los herederos de Franco», como lo han hecho otros líderes de su partido sin antecedentes familiares tan determinantes. Pero no lo ha hecho, sino todo lo contrario. Sus palabras a **Pedro Ruiz** en Televisión Española fueron un ejemplo de reconciliación sin reticencias.*

*En la forma de hacer oposición, Zapatero ha cortado en seco los discursos globales descalificadores, ha rehuido las guerras verbales y ha ofrecido pactos en las grandes cuestiones de estado, terrorismo, desempleo, economía, educación y política migratoria. En algunos de estos graves asuntos los resultados son muy esperanzadores. Por ejemplo, la negociación discreta en los que está a punto de lograr lo que hace sólo dos meses parecía imposible: un consenso sobre la nueva **Ley de Extranjería**.*

¿Ha sido más fuerte el deseo de pactar que la obligación ética asumida antes por el PSOE de defender los derechos —y su ejercicio— de los inmigrantes? Muchos piensan que Zapatero ha sacrificado parte del fondo en aras del consenso y experimentan cierto rubor ante el hecho de que

el PSOE suscriba un texto notablemente reducido de los planteamientos aprobados en enero de 2000.

*Por otro lado, Zapatero se ha comprometido solemnemente a «acompañar cada una de sus críticas al gobierno con una propuesta alternativa», dejando así claro que **no quiere hacer retórica, sino política**. Parece evidente que no ha modificado ninguno de los puntos esenciales del Programa 2000, y tampoco ha modificado el principio de «prioridad a la eficacia» (gato negro, gato pardo, qué más da si caza ratones) con que **Felipe González** resolvió la tensión entre socialismo y mercado.*

***CABE** preguntarse si, en su confuso discurso en el Club Siglo XXI, al proponer un **socialismo libertario**, Zapatero está proponiendo realmente algo nuevo. Se trata de un uso desafortunado de la palabra «libertario», que alguien le debió desaconsejar por las evocaciones anarquistas que despierta. Pero, puesto que usó ese término y no le quiso hacer significar lo que primariamente significa, debemos preguntarnos: ¿Se trata sólo de reafirmar el liberalismo político de los Prieto y Azaña? O ¿aboga realmente por una inmersión del socialismo en el neoliberalismo económico imperante? Si se trata de lo primero, no existe novedad alguna en su discurso. Si se trata de lo segundo, evidentemente su propuesta constituye una novedad importante: es un alejamiento de las raíces doctrinales del socialismo y de todos sus discursos precedentes, aunque no de muchas de sus prácticas. De ser así, dentro del socialismo, los cristales de harán añicos, como sugiere **García Santesmases** (El Mundo, 30 de octubre): «Si por ser liberal se entendiera el esfuerzo por reivindicar la autonomía de la conciencia, la libertad de disenso, la tolerancia o la laicidad frente al fundamentalismo, todo socialista debería ser liberal. Si por socialismo se entiende ir reduciendo el papel del Estado del bienestar hasta ser*

únicamente red de salvamento para los desahuciados, muchos socialistas no queremos ser liberales».

Los peligros

VERDADERAS pruebas de fuego esperan a Rodríguez Zapatero dentro y fuera de su partido. Todavía no se ha confrontado con las urnas ni con los grandes debates parlamentarios. Electoralmente, su figura, que hoy parece de una gran solidez, puede agrietarse ante un fracaso en el Parlamento o derrumbarse ante un fracaso electoral. Si supera con éxito ambos frentes, estará en condiciones de arbitrar entre las distintas corrientes del PSOE y de imponerse a todas ellas. Si fracasa electoralmente, su figura mermará y sus posibilidades de liderar por mucho tiempo el partido se desvanecerán.

Él mismo puede estar construyendo su éxito o su fracaso electoral. Si no maneja con tino la relación de fuerzas internas de su partido, las dificultades le van a venir, y de manera inmediata, de dos frentes:

a) **La ambigüedad sobre el modelo de Estado.** Muchos votantes socialistas se muestran inquietos ante el aparentemente excesivo peso que está teniendo en Zapatero el llamado federalismo asimétrico defendido por **Pascual Maragall**. Si Zapatero adopta estas tesis, es seguro que provocará una sangría de votos. Y no sólo eso: tendrá en frente a muchos prohombres del partido, como **Rodríguez Ibarra**, que arrastra muchos votos.

b) **Los pactos.** Es saludable que la izquierda trate de aunar fuerzas y que el PSOE busque pactos de frontera con IU, por una parte, y con otras fuerzas por otra. Es su mejor posibilidad para llegar al poder, pero también su mayor riesgo, sobre todo si la política de pactos no fija

previamente las condiciones y éstas son exigidas en todo momento. Una política de pactos cuyo sólo objetivo fuera impedir que el PP ganara las elecciones será ruinosa para el PSOE. En el País Vasco, Zapatero está arriesgando mucho, porque su política es dubitativa y porque mano tendida a PP y a PNV puede no ser entendida por ninguno de estos partidos y tampoco por el electorado, cada día más polarizado. Los pactos con el BNG en Galicia son también una bomba bajo la alfombra de Zapatero. De su mayor o menor desmarque de esta alianza con los nacionalistas dependerá el que sean recuperables para el PSOE personalidades como **Francisco Vázquez**, con toda su peculiaridad, pero también con toda su fuerza electoral. Por cómo están las cosas en el momento de escribir este comentario, no es probable la denuncia de los pactos con el BNG y, por tanto, no parece posible la recuperación de Francisco Vázquez. En cuanto a los pactos con IU, de realizarse en las condiciones que se derivan de la VI Asamblea de esta coalición, serían aún más negativos que los suscritos por Almunia y Frutos en las pasadas elecciones. El electorado no perdona nunca el electoralismo de sus políticos.

c) **El desdibujamiento de la oposición.** Apuntadas estas importantes nuevas maneras de hacer política, queda en el fondo la necesidad de que los ciudadanos visualicen en Zapatero la oposición, no sólo la persona amable, sensata, honrada y dialogante. Necesita **diferenciarse del PP** y también erigirse en **aglutinador** único de todas las tendencias, más o menos díscolas, que coexisten dentro del PSOE. Lo primero es difícil cuando en cuestiones básicas de Estado hay coincidencias con el PP; lo segundo es complicado porque las familias socialistas no suelen acallarse cuando pierden, sino todo lo contrario. Pero, sin duda, existe una impronta socialista que los ciudadanos necesitamos sentir y que hasta ahora no hemos encontrado suficientemente

*definida en Zapatero. Lamentamos profundamente que la enfermedad y muerte de su madre le haya impedido tomar parte en el debate de Presupuestos, pero debió haber dictado a **Caldera** instrucciones precisas para poner el acento en la denuncia de los aspectos insolidarios del presupuesto y no en enmendar, con no demasiado fundamento, la totalidad.*

***NO** lo tiene fácil Zapatero. Tiene que torear los toros cuando embisten, sin picadores que los amansen previamente. Está en la mejor situación: no suscita rechazos y, por el contrario, genera muchas ilusiones. No puede hacer una refundación del partido porque las tres líneas históricas –Prieto, Largo Caballero y Besteiro– son muy sólidas en sí mismas y siguen proyectándose en el PSOE de hoy. Sin embargo, el PSOE debería preparar un congreso extraordinario, solamente ideológico, en el que, superados los personalismos, se unificaran las propuestas. Si Rodríguez Zapatero llega a asistir como secretario general a ese congreso de refundación socialista, se consolidará como líder, pues tiene todas las virtudes para ser un dirigente capaz de coordinar a los suyos y de arrastrar a los demás. Si llega antes a las elecciones que a esa mínima unificación, Zapatero será devorado por los acontecimientos. Sería una pena, una gran esperanza perdida.*